

los que ejercían esos cargos, por todos conocidos. Ellos buscaban la peseta con su trabajo, y lo repetimos, sin subrayar la frase.

Pero la dignidad de otras funciones más elevadas no podía compaginarse con tales oficios. Producía rubor el oír «hagan juego señores» ó «no vá más», de labios del que por la mañana había puesto su firma como funcionario nacional al pie de un documento de verdad y de justicia.

Considerar prestando aquella ayuda á un delito penado por el Código, quien luego se nos prestaba como defensor de derechos y obligaciones ciudadanos, era una burla grotesca, una mueca de sí mismo en la esencia de su significación como empleados al servicio del pueblo.

Esta inmundicia, tal y jámen de un cargo público, no es tolerable y hoy que el incendio está extinguido lo proclamamos con voz plana, sin temor á las trabas de convencionalismos imperantes.

••

Además. El puesto que ellos ocupaban, subsistiendo aquél mal, podía ser

para otros. Así se cometía otra inmundicia censurable.

Hoy los funcionarios del Estado, de la provincia y del municipio, son retribuidos en una escala que les permite desenvolverse honradamente. No son los cancheros antiguos, que no percibían lo necesario para atender á sus necesidades. Por eso, no puede invocarse ni aún el argumento de que se les empleaba en las salas de juego como un medio para que pudieran vivir ¡no!

Caminábase, pues inmundicia sobre inmundicia.

Contra ellos nuestra protesta es vibrante y justiciera.

Y, si en otra gobernación menos digna que la actual, se volviera á tolerar esa lepra de nuestra sociedad, pedimos que se tengan en cuenta las consideraciones hechas por que sino, con toda la viril expresión de nuestro espíritu amante de hechos progresistas persistiremos en esta campaña, sin un momento de indecisión para destruir ese conglomerado de inmundicias.

W. G. S.

Le escuchamos atentamente, y Pedro Moro nos dijo:

—El brillante que Muley Haffi ha entregado á Fred Witbram para que lo venda en Nueva York es un brillante falso. No lo sabe el ex sultán y será difícil que nadie pueda comprobar esa falsificación formidable; pero el brillante es una fabricación maravillosa de un químico judío.

—¿Me dice usted la verdad?

—En absoluto. Ya me conoce usted y sabe que yo no le engañé jamás ni exageré los hechos en que intervine.

—Siga, siga usted el relato.

—Hece varios años, Consuelo, *la Chelito*, era una de las mujeres más hermosas de Madrid. Yo me había enamorado de la picaresca artista, que hacía por aquel entonces verdaderos estragos de amor.

Logré ser presentado á ella y la dije mi amor.

Consuelito me exigió en prueba de amor una hazaña revelante y grande.

Pocos días después marché á Marruecos, y por mediación de nuestro ministro de Estado pude ser introducido en la corte de Muley Haffi, admirando el soberbio brillante que aun lucía en la corona imperial.

Rápidamente concebí la idea. Aporrarme de aquel brillante para regalarlo á *la Chelito*. Logré, con una terrible exposición de mi vida, llegar al tesoro imperial y obtener un molde en masa de pan de las aristas del brillante.

Fuí á Tánger, donde un lapidario judío realiza las maravillas más fantásticas y soberbias en la fabricación de piedras preciosas.

Por un procedimiento eléctrico, sometiendo una pasta extraña de arena y líquidos á un calor fantásticamente elevado, logró obtener una piedra gruesa de brillantes y de pureza incomparable.

Sumergió el cristal obtenido en un ácido hasta conseguir el milagro de ablandarlo.

Tomó la piedra así preparada en sus dedos largos y afilados, y con un cuchillo afilado cortó las aristas, exacta, exactamente igual á la del sultán.

Marché á la corte de Muley

REPORTAJES SENSACIONALES

EL BRILLANTE DEL SULTAN ARRUINADO

Madrid es una ciudad de encanto. Nadie que viviera algún tiempo el ambiente suave y delicioso de la ciudad hermosa puede olvidar jamás á Madrid, todo pasiones, nervios, amor, y en el fondo de ello, y como dándole un nuevo aliciente, una ingenua infantilidad en los hombres y en las cosas. Una ingenua infantilidad que salta hasta de la pícaro sonrisa ó de la mirada toda sabiduría de aquellas mujeres de belleza especialmente única.

Durante unas horas hemos revivido el encanto de Madrid, tan lleno de coloranzas y de bellas nostalgias.

Heamos el miércoles por la Gran Vía, las seis de la tarde, para hundirnos en el paseo abigarrado que se forma en Alcalá, principalmente desde las Calatrava á la calle de Sevilla.

Desde uno de los ventanales de Casa Molinero, donde la aristocracia toma el té y pierde el tiempo, me llamó una voz conocida.

Era nuestro amigo Pedro Moro, el aventurero, que nuevamente se hallaba en España, y que de paso, poseo del encanto de Madrid, allí estaba de nuevo.

Charlamos largo rato. Despertando mi curiosidad, dijo de pronto:

—¿No sabe usted nada del brillante del sultán?

—Sí; que Muley Haffid vende un brillante que fué de su madre y que había lucido muchos años en la corona imperial de Marruecos.

—Efectivamente. Pero aun hay más. Lo que no sabe nadie más que yo, y lo que voy a referirle para que su curiosidad quede satisfecha